

# Abolición del Silencio

Emilio Adolfo Westphalen publica nuevo poemario: "Ha vuelto la Diosa Ambarina".



En Vermont, E.E.UU., en los años cincuenta.

**E**SCRIBO esto con temor. Me preocupa irritar al entrevistado. Tampoco sé si pueda denominarlo así. En realidad lo que haré será la crónica de una entrevista frustrada. Si usted conoce a Emilio Adolfo Westphalen, comprenderá muy bien lo que estoy diciendo. Y si no lo conoce bastará que le recuerde que se trata —para aquellos que gustan de las clasificaciones— del más notable poeta peruano vivo y que una de las cosas que más aborrece son las entrevistas.

Mi trato con él ha sido conflictivo. Hace algunos años —yo no lo conocía aún— iba en compañía de un joven vate amigo hacia Barranco. Desde el ómnibus vimos a Westphalen que atravesaba el parque con trancos largos y ágiles. El autor de **Abolición de la muerte** había regresado hacía poco luego de una larga estadía en el extranjero. Como no podíamos bajarnos del ómnibus lo único que se nos ocu-

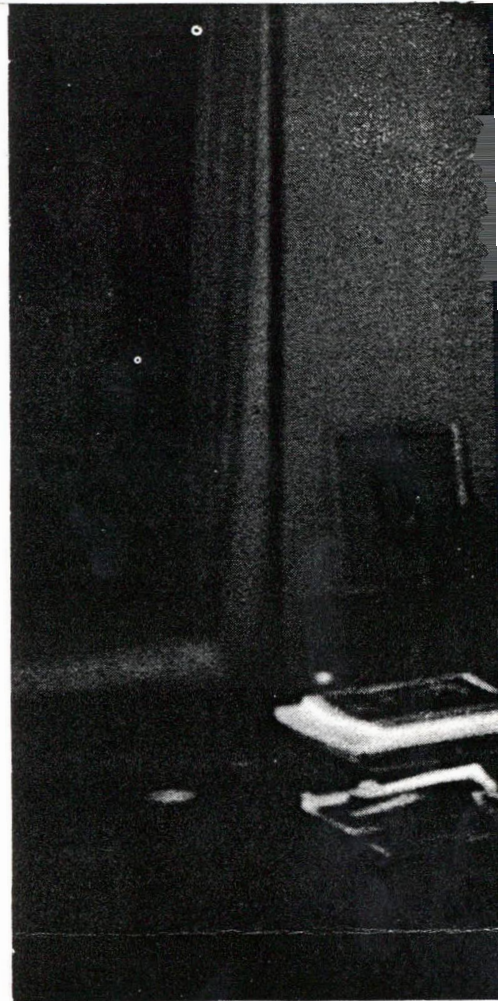
El más grande poeta peruano vivo leerá por primera vez en público sus poemas en la presentación de un nuevo libro suyo. Se trata de Emilio Adolfo Westphalen, quien ha publicado **Ha vuelto la Diosa Ambarina** dentro de la Colección del Sol Blanco que dirigen Jaime Campodónico y Guillermo Niño de Guzmán. Este volumen que reúne lo más reciente de su producción literaria se presentará este martes 28, en la Estación de Barranco, a las 7 de la noche.

Escribe GUILLERMO NIÑO DE GUZMAN  
Fotos JAVIER SILVA MEINEL

rrió fue gritar a voz en cuello y al unísono: ¡Poetaaaa! No sólo los pasajeros nos miraron como a un par de chiflados sino que el aludido trastabilló desconcertado y echó ojeadas nerviosas a todos lados buscando el origen de aquella voz intrusa.

Daba la impresión que hubiera tomado el apelativo como un insulto cuando en realidad era una espontánea demostración pública de admiración. Años más tarde lo entendería al aclarar Westphalen al respecto: "Yo no he sido nunca voluntariamente poeta, aún hasta hoy me escarapelo cuando se me designa con ese nombre".

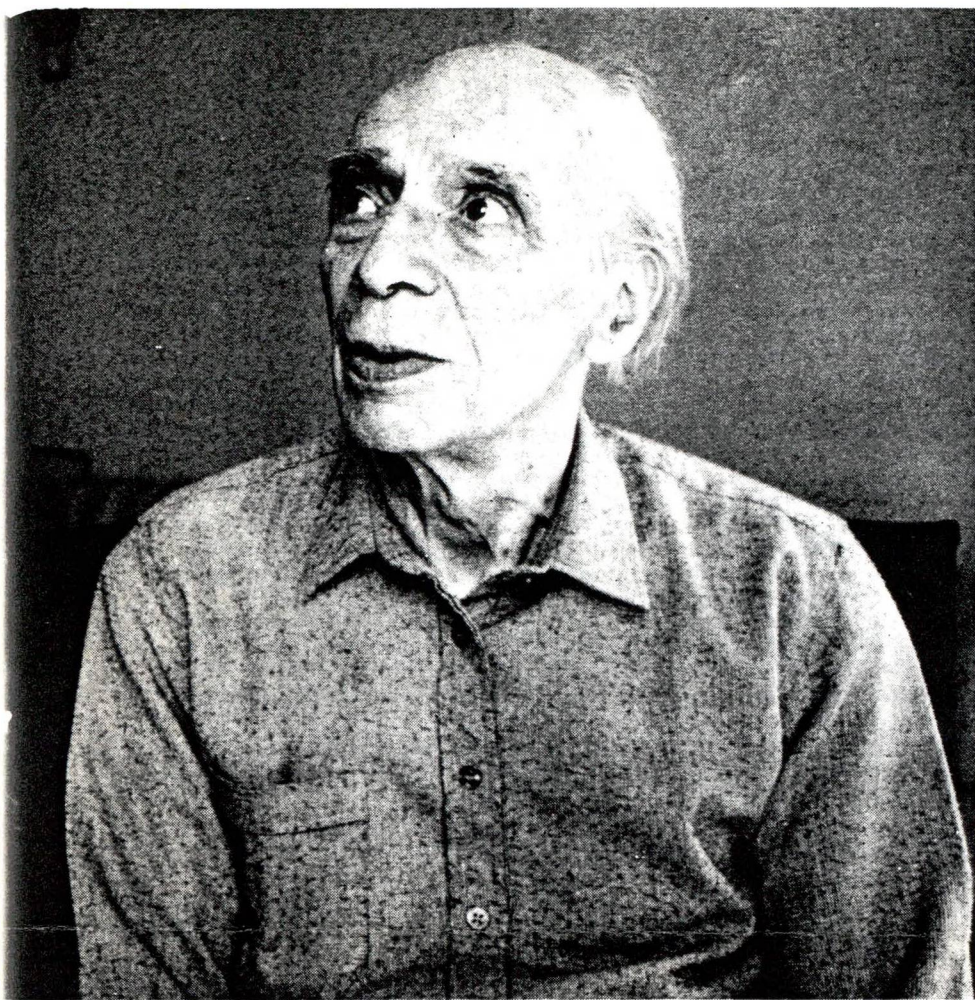
El segundo error fue una mañana en que el poeta Rodolfo Hinostroza y yo tuvimos la ocurrencia de llamar a Westphalen para invitarle a tomar desayuno. Hinostroza había vuelto después de quince años de vivir en París y ambos habíamos pasado una de esas noches blancas en que cerveza



"Poesía de poeta y no de profesor ni de predicador ni de..."

*"Yo no he sido nunca voluntariamente poeta, aún hasta hoy me escarapelo cuando se me designa con ese nombre".*





quisidor", dice Octavio Paz al referirse a la obra de Westphalen.

tras cerveza mi insaciable curiosidad hacía revivir la gran aventura del exilio que yo no me atrevía a emprender. No se por qué diablos el elegido fue Westphalen pero lo cierto es que no le hizo nada de gracia que su teléfono timbrara a diez minutos para las seis de la mañana. Para entonces yo ya lo había visto un par de veces y lo que podía haber sido el inicio de una rela-

ción amistosa se truncó inmediatamente por mi desatino.

Con el tiempo fui perdonado pero me costó mucho volver a ganar su confianza. Westphalen tiene fama de ser huraño, intolerante, hermético, cascarrabias, etc. Eso no es del todo cierto. Creo que es preciso captar la naturaleza de su personalidad. Como ser humano de exquisita sensibilidad puede

sufrir profundamente por cosas que para otros no representan mayor molestia.

A veces pienso que él es como el viejo Ezra Pound, quien en sus últimos años se refugiaba en un impecable silencio, el cual sólo rompía cuando era estrictamente necesario. Algo similar sucede con Westphalen, aunque para contrarrestar la leyenda añadiré que cuando encuentra el clima adecuado es un conversador muy entusiasta que hace gala de una ironía bastante peculiar. No es, en absoluto, el tipo solemne y antisocial que muchos creen. Si bien permanece recluso en domicilio, el cual rara vez abandona, ello se debe a una dolencia en la columna que le impide desplazarse con facilidad. A Westphalen le gustaba mucho pasear y solía dar largas caminatas entre Barranco y Miraflores.

Pero volvamos a nuestra entrevista. Teniendo como pretexto la aparición de un nuevo libro suyo que gentilmente me cedió para la Colección del Sol Blanco, le propuse celebrar una breve

*"Westphalen tiene fama de ser huraño, intolerante, hermético, cascarrabias. Eso no es del todo cierto".*

conferencia de prensa. Su respuesta, inobjetable por cierto, fue: "Eso sería como echarme a las fieras de un coliseo romano". Finalmente convinimos en que se sometería a una sesión de fotos y a una conversación informal conmigo.

No obstante, el día señalado su humor había variado considerablemente. "Yo soy un hombre viejo y enfermo —me dijo con visible irritación—. Estoy harto de fotos y entrevistas. ¿No se dan cuenta que eso me altera terriblemente? Hace muchos días que sólo pienso en eso y me siento muy intranquilo".

Abrumado, le dije que no deseaba importunarle y que mejor olvidáramos el asunto. "Espera —me retuvo—, quiero que pongas claramente que rechazo todas las entrevistas. No sólo es por mi temor a los encasillamientos (escuelas, retóricas, poéticas) sino a los desmanes de mi memoria y mi juicio crítico. Además rehúyo las entrevistas porque me hasta enormemente que se me repitan las interrogaciones que más de una vez he contestado con paciencia y abiertamente. Hoy día vale más que todo mi poca disposición a dar importancia —aun leve— a las opiniones que expreso o a las divagaciones en que me pierda".

Había cierto malestar detrás de sus palabras y yo me limité a guardar silencio. "No sé en verdad cómo arreglármelas para darte gusto —prosiguió— y relatar mi posición o mi expe-



lza.: El poeta con su esposa Judith. Arriba, el pintor Ricardo Grau, Westphalen, Ricardo Tenaud y César Moro.

riencia en determinadas circunstancias o frente a esos problemas que algunas personas estiman trascendentes, pero que para mí son más bien sosos o hastiantes".

Noté cómo poco a poco la tensión se iba diluyendo y entonces me animé a deslizarle algunas preguntas. Le comenté que un amigo suyo, pintor, había mencionado que él había sido contador y que había renunciado a su empleo para poder, con su indemnización, publicar la revista **Las Moradas**.

"¡Eso es falso! —protestó—. Yo nunca fui contador. Trabajé durante trece años en una empresa de importación y exportación de metales y minerales que pertenecía a unos judíos alemanes, la Casa Hochschild. No era un trabajo de contador. Cuando renuncié pude financiar **Las Moradas**. No fue una ocupación desagradable. Antes sí había tenido un trabajo horrible. Una tía mía me consiguió un puesto en el

versidad para acabar la carrera de Letras.

"Lo que yo he aprendido, no lo he aprendido en San Marcos, desde luego", me advirtió, aunque aclaró que se estaba refiriendo a la época anterior a la Reforma Universitaria. De ese período data su amistad con José María Arguedas, quien también estudiaba en San Marcos.

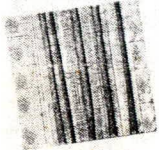
Sin duda, la amistad que sería gravitante durante toda su vida sería la que entabló con César Moro. Fue en 1934 cuando lo conoció. Moro había retornado de París, en donde había estado ligado al movimiento surrealista. Como ha dicho Westphalen en otra ocasión, había tal armonía entre los dos que el entendimiento era tácito. Juntos organizaron la primera exposición de pintura surrealista que escandalizó a la sociedad limeña de la década del treinta. Asimismo, publicaron la hoja de poesía y crítica **El Uso de la Pa-**

vida que me daba el estar expuesto un largo rato al sol. Pero al desvinciamiento físico se añadía una desmoralización total; el régimen social imperante no me ofrecía perspectiva alguna de llevar una vida que consideraba viable. En esas circunstancias lo que el sol era para mi cuerpo fue la poesía para mi espíritu. Más que bálsamo fue aglutinante. El objetivo de la experiencia poética es el poema, pero la construcción del poema, al mismo tiempo, es el medio por el cual el poeta se reconoce y se sitúa en la vida. Algo de esa sorda lucha mía contra la muerte tengo la impresión que pudo quedar impregnada en los poemas mismos. No por nada al segundo cuaderno de poemas que publiqué le di por título **Abolición de la muerte**".

Tal vez fue por el recuerdo del sol que en ese momento inundaba el jardín de su casa que accedió a posar frente al lente de la cámara de Javier Silva. Sin

Emilio Adolfo Westphalen

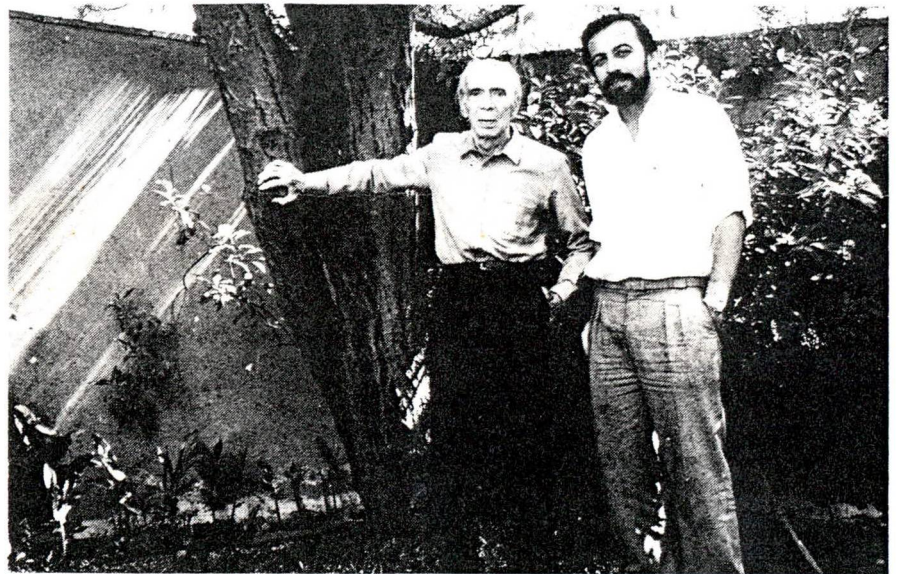
HA VUELTO LA  
DIOSA AMBARINA



C

Impecable  
edición de  
Jaime  
Campodónico.

*"Sin duda, la amistad que sería gravitante durante toda su vida sería la que entabló con César Moro".*



Westphalen con el autor de esta nota en la barranquina casa del poeta.

Banco Alemán. Apenas resistí una semana. Pero esa es otra historia..."

Luego traté de orientar la conversación hacia temas más personales, acerca de su entorno familiar, pero tropecé con una barrera infranqueable. De cualquier manera, he logrado establecer que descendi de familias de inmigrantes (de sus cuatro abuelos sólo su abuela paterna había nacido en el Perú). Estudió en el Colegio Alemán donde tuvo como compañeros de clase a Martín Adán y Estuardo Núñez, y entre los profesores a Alberto Ureta y Luis Alberto Sánchez. Allí tomó un primer contacto con la literatura. Sin embargo, como tenía aptitud para las matemáticas al concluir los estudios escolares eligió "por inercia" la carrera de ingeniero civil. Curiosamente no aprobó el examen de ingreso a la Escuela de Ingenieros y entró a la Facultad de Letras de San Marcos. De allí, al cabo de dos años, pasó a la de Derecho, de la cual desertó luego de tres años. Tiempo después retornaría a la uni-

labra.

A los 22 y 24 años, Westphalen publicó dos poemarios, **Las insulas extrañas** (1933) y **Abolición de la muerte** (1935), deslumbrantes muestras del talento literario de un joven autor que ignoraba que a la larga se convertiría en pieza capital de nuestra tradición poética. ¿Cómo fue que se impuso la poesía en su vida cotidiana?

"A los trastornos y complejos de la adolescencia —ha anotado Westphalen— se acumulaba una constatación de lo precario de mi tono vital. Varias enfermedades infecciosas habían arruinado mi capacidad de reacción física y debía hacer grandes esfuerzos para recobrar y levantarme no sólo el ánimo sino también el cuerpo. Descubrí entonces los efectos prodigiosos que sobre mí tenía el sol: bebía, absorbía el sol en esos días como un néctar vivificante. Nunca he experimentado después esa sensación de volver a la

embargo, no había transcurrido más de un minuto cuando vi que las venas de su cuello se tensaban y que su rostro adoptaba una expresión rígida.

"Estás comenzando a parecerte a esos periodistas que se complacen en martirizar a sus entrevistados", me dijo lentamente, masticando cada palabra. Y a continuación se refugió en el silencio.

Ese silencio que el poeta mantuvo durante cuarenta y cinco años en que no volvió a publicar otro libro nunca ha cesado de maravillarme. Durante mucho tiempo traté de encontrarle un sentido hasta que tropecé con uno de sus versos iniciales: "Y me he callado porque el silencio pone más cerca los labios..." En este punto debo confesar haber recurrido a aquella hermosa frase como instrumento de seducción. Y, puedes creerme, Emilio, qué tal poder que tiene tu poesía porque hasta el momento siempre ha resultado infalible..."